

LIBROS

Philipp Felsch

EL FILÓSOFO. HABERMAS Y NOSOTROS

Guzel Yáijina

TREN A SAMARCANDA

Manuel Vilas

DOS TARDES CON FRANZ KAFKA

Kate Zambreno

ESCRIBIR COMO SI YA HUBIERAS MUERTO

Nora Berend

EL CID. VIDA Y LEYENDA DE UN MERCENARIO MEDIEVAL

Ezra Klein y Derek Thompson

ABUNDANCIA. CÓMO CONSTRUIMOS UN MUNDO MEJOR

ENSAYO

Cuando todos éramos habermasianos

por **Josu de Miguel**



Philipp Felsch
EL FILÓSOFO. HABERMAS
Y NOSOTROS
Madrid, Trotta, 2025, 220 pp.

Al empezar en esto de la universidad, tenía uno la impresión de que una parte nada desdeñable de los profesores que marcaban la pauta eran habermasianos. Leyendo este gran perfil filosófico hecho por Philipp Felsch, he recordado haber leído con devoción la mayor parte de la producción editorial que Jürgen Habermas tiene traducida al español. Como una exigencia pedagógica que estaba en el ambiente académico de las ciencias sociales, aprendí los fundamentos de la teoría del Estado, la democracia y el Estado de derecho con un filósofo alemán. España a finales de la década de 1990 era un país sin demasiada autonomía

conceptual para afirmar una tradición política propia y la experiencia constitucional aún podía considerarse breve. Por ello, para abrazar un cierto liberalismo y una cierta sofisticación epistemológica, algunos nos acercamos a un Habermas que ya parecía antiguo ante la cháchara identitaria que se abría paso en la universidad.

Pero cuando tienes un recuerdo es que antes habías olvidado algo. A ver si al final iba a tener razón Agapito Maestre cuando decía que la teoría de Habermas era un placebo intelectual. Quizá, lo que ocurre —y ese es otro tema que merecerá una reflexión colectiva cuando el desastre que se atisba se haya concretado— es que se nos ha olvidado que éramos habermasianos porque en realidad fingíamos ser demócratas. El libro aquí reseñado cuenta, a través de un relato entre personal y generacional, la peripecia vital de un filósofo muy español. Para empezar, Felsch arroja luz —quizá sin pretenderlo— sobre un asunto que aquí no se ha tenido claro porque a la vez que habermasianos éramos de izquierdas (el combo completo): el filósofo que comenzó su andadura académica en Frankfurt polemizando con Heidegger en realidad

nunca formó parte de la teoría crítica de Adorno, Horkheimer y Marcuse. La teoría crítica se levantaba sobre la dialéctica negativa y pesimista, y Habermas quiso refundar Alemania a partir del programa racionalista y optimista de la Ilustración.

En este libro queda claro que Habermas ha tenido desde 1950 una presencia señorial en la esfera cultural alemana (y europea). Con él se produjeron dos fenómenos entrecruzados que ya habían tenido lugar en Francia: el intelectual se introducía en una universidad que quería vivir todavía en una torre de marfil, y el profesor de universidad, riguroso y ajeno a la presión de la sociedad, ponía un pie en la opinión pública mediante colaboraciones en prensa. Felsch retrata con fineza e ironía la principal contradicción de Habermas: profesor exquisito, impulsor de la teoría de la acción comunicativa, resulta que, cuando debatía en los periódicos y las revistas culturales, se comportaba con ira y modales pandilleros. Así fue como ganó la batalla del 68 —amilanando sin piedad a los jóvenes que querían destruir el canon científico con ínfulas revolucionarias y violentas— y así fue como se impuso en la famosa “disputa

de los historiadores”, en la que defendió frente a Ernst Nolte la excepcionalidad alemana: la República Federal era un experimento cívico cuya única posibilidad de supervivencia radicaba en reconocer y superar la anomalía del Holocausto.

Por ello, llegado el momento, Habermas se opuso a la unidad de un país separado por la Guerra Fría. Las décadas de aislamiento de la República Democrática habían supuesto una colonización absoluta del mundo de la vida por el comunismo burocrático y antipolítico: Alemania oriental era otro país. La unificación, que finalmente adoptó casi la forma de un procedimiento administrativo, traería de vuelta el peor de los demonios: el nacionalismo. Sin un poder constituyente democrático, Alemania terminaría echando mano de la ideología secular que no solo trajo el nazismo, sino que impidió a los alemanes hablar y discutir sin las excrecencias autoritarias desde el siglo XIX. Que Habermas se tomaba en serio este y otros asuntos lo demuestran pasajes memorables del libro en los que la vida personal del filósofo se ve atravesada por las disputas teóricas con amigos. Peter Handke debió de propinarle una bofetada en casa de Siegfried Unseld al reconocer abiertamente que ni conocía a los Beatles ni le interesaban. Era 1967 y había pasado medio año en Nueva York. Otro de sus grandes amigos, Martin Walser, se retiró humillado de su fiesta de cincuenta cumpleaños cuando Habermas le reprochó haber escrito un artículo “nacionalista”. Tras la pérdida de certidumbres metafísicas, estas anécdotas revelan que todo pensamiento ha de ser completado y acreditado por la existencia real y cotidiana del pensador, es decir, por una cierta literatura del “yo”.

Pero la existencia real y cotidiana de Habermas ya no remite, según este libro, al viejo mandarinato intelectual alemán al que se refirió en su célebre estudio Max Weber. Habermas

ha tenido una vida burguesa, pero sin exuberancias patrimoniales o adulatoras. La vida que le han proporcionado, por cierto, el Estado del bienestar y el capitalismo regulado que ha reivindicado como mejores fórmulas para la integración social. Sigue residiendo en la casa unifamiliar en las inmediaciones del lago de Starnberg y sigue observando el mundo desde la óptica tranquila de la provincia. Por ello, nunca ha dejado de ser lo que muchos queremos seguir siendo desde la distancia sideral de un magisterio abrumador: profesores de universidad sin más adherencias que las de la modestia y la humildad. Se entiende que por defecto un Peter Sloterdijk que hoy expone en Instagram su delicioso discurrir en la campaña francesa le llegara a acusar de intentar “reeducar” a toda una generación de alemanes (falta hacía, por otro lado). Y es que Habermas nunca quiso salir en la televisión ni responder a cuestionarios de *Playboy* —la revista llegó a dedicar seis páginas a Marcuse—, porque su tarea principal ha sido situarse con evidencias teóricas y bien documentadas en los grandes debates filosóficos de su tiempo.

No encontrará el lector en el libro de Felsch una sistematización iniciática de la obra de Habermas, bueno es advertirlo. Para saborearlo hay que conocer algo los entresijos históricos de la República Federal, las coordenadas del pensamiento occidental después de la Segunda Guerra Mundial y el recorrido bibliográfico básico del protagonista. Pero el resultado de la obra es narrativamente delicioso y normativamente evocatorio. Quizá porque estamos ante un tiempo perdido que en algún momento habrá que recobrar. En el capítulo final el autor del libro vuelve a visitar a Habermas en su casa (septiembre de 2023). El filósofo se muestra decepcionado y fatalista ante el declive imparable de Occidente y de las instituciones democráticas que él promocionó. El nacionalismo y el autoritarismo han

retornado a Alemania (esto lo predijo en 1990), la Unión Europea se ha estancado como constelación posnacional y la galaxia digital ha destruido los presupuestos ontológicos de la opinión pública ilustrada.

¿Ha fracasado Habermas? El pensamiento se puede agotar en el régimen de temporalidad que él mismo ayuda a producir. Es posible que la modernidad forme parte del pasado y que en ese pasado perdure la pretensión de validez de muchas de sus propuestas. De ahí que vivamos más en un momento de memoria que de historia. Habermas siempre fue el filósofo de la República Federal y de su circunstancia: una catástrofe moral —el genocidio judío— que impulsó un experimento político estimulado por el patriotismo constitucional, una ciudadanía cosmopolita que debía abrirse a Europa y el Estado social y democrático de derecho. Conceptos fríos que hoy dejan a muchos indiferentes ante la avalancha de instantes políticos calientes que dibujan un tiempo paradójicamente acelerado y presentista. Hay que terminar señalando, en todo caso, dos cosas en relación con el posible fracaso de la aventura intelectual del último ilustrado: la primera, que, ante la evidencia de un desacoplamiento entre teoría y praxis, Habermas ha sido un kantiano que nos ha invitado a actuar a partir no solo de las convicciones metafísicas e íntimas sino de las hipótesis regulativas. Actuar *como si*, para que me entiendan. La segunda, que, como afirma Felsch en la última página del libro, nuestro protagonista ha tenido un fuerte vínculo con su época: en este caso, la necesidad de encontrar su ubicación mediante un interlocutor judío tras la Shoah. Esta querencia, que es perfectamente rastreable en toda su biografía, es lo que mejor representa la atemporalidad de su legado. ~

JOSU DE MIGUEL es profesor titular de la Universidad de Cantabria. En 2024 publicó *Amnistía. Una ley para olvidar* (Athenaica).

El Kafka de Manuel Vilas

por Elisa Martínez Salazar



Manuel Vilas
DOS TARDES CON FRANZ KAFKA
Madrid, Alianza editorial,
2025, 152 pp.

Dos tardes con Franz Kafka no es un libro sobre Kafka, es un libro sobre la admiración de Manuel Vilas hacia Kafka. Así lo subraya la oración que abre y cierra el texto: “Yo no soy un lector de Kafka, yo soy su enamorado.” La mirada subjetiva de ese “yo”, inclinado ante su ídolo, unifica una obra fragmentaria y heterogénea. Aunque su forma de “Diccionario Kafka” presupone objetividad, el andamiaje enciclopédico es solo aparente. Ya lo advierte en su presentación Sergio del Molino, autor, él mismo, de *Dos tardes con Joseph Roth* y coordinador de esta colección de la editorial Alianza, en la que escritores actuales transmiten su pasión por autores clásicos: “No hay aquí lecciones magistrales ni monografías de especialista, sino entusiasmo genuino de escritor a escritor.”

Las entradas de este peculiar diccionario kafkiano obedecen a esa subjetividad más que a una lógica concreta. Así, conviven ciertas personas de la vida real de Kafka (sus parejas, su amigo Max Brod, su discípulo Gustav Janouch) con algunos de sus personajes (funcionarios, K, Klammm) y con una selección de sus obras (*Carta al padre*, *El desaparecido*, “Investigaciones de un perro”, “Josefina la cantante”). Analistas de Kafka (Blanchot, Canetti, Kundera, Nabokov, Wagenbach) se codean con otros escritores (Lorca, García Márquez, Joyce, Proust) e incluso con mitos culturales como Elvis Presley y Andy Warhol. Aparecen elementos

de la vida de Kafka (*dedos, ruidos, ventana, soltero*) junto a conceptos variopintos (*absurdo, alegoría, castigo, humor*), además de emociones y sentimientos (*amor, cansancio, decepción*). También hay referencias a la posición de Kafka en la historia literaria (*solo, inoxidable*) y al efecto de su literatura (*gravitación, disfrutar*), e incluso fantasías sobre su destino después de su muerte (*futuro, huesos, resurrección*). Términos de estas categorías se mezclan con otros difíciles de catalogar, y es que, más que actuar como celdas de contenido, las voces de este diccionario dan pie a las reflexiones del autor. El resultado es un combinado de información (no siempre contrastada), pensamientos, opiniones, apuntes biográficos y autobiográficos, pasajes de inspiración literaria y ensoñaciones.

Dos tardes con Franz Kafka es un libro de Manuel Vilas enunciado desde su propia voz, una voz que se deja oír con insistencia. Esta penetración del yo en lo ensayístico frustrará las expectativas de quienes esperen un texto más neutro y objetivo. No es el caso. Partiendo de su historia personal con Kafka, el autor se recrea en su habitual gusto por la hipérbole y un dogmatismo impregnado de subjetividad. Así, para él, la superioridad absoluta de Kafka en la historia literaria no admite parangón, recomienda a lectores no iniciados en Kafka el orden en el que deben acercarse a su literatura y presenta como un hecho incontestable que *El castillo* es la mejor de las obras kafkianas. Sin renunciar a la ironía sobre sí mismo (“En mi tiránica opinión, en mi totalitaria opinión...”), se muestra muy seguro de lo que dice cuando habla de Kafka: “No es tal enigma, queridos lectores, yo tengo la solución.”

De esas certezas surgen osadas sentencias, no exentas de ludismo y provocación: “Es más convincente Kafka que Einstein. Y más útil”; “Kafka es un escritor realista”; “Vida y obra en Kafka son lo mismo”; “El tupé lo inventó Kafka y no Elvis”. Y quizá de nuevo con autoironía: “La obra de Kafka te lleva a la acción. Incluso a la

charlatanería.” Otras afirmaciones provocadoras insisten en una línea que viene siguiendo Vilas a lo largo de los años: la divulgación de una visión alegre de Kafka. “Kafka te pone de un excelente humor”; “te alegra el día, la tarde, la noche y el insomnio”; “está enamorado de la vida”. Pero, a la vez, en el extremo opuesto: “Toda su obra habla de la nada y de la desesperación y del sufrimiento y del nihilismo y de la desgracia.” Y es que las afirmaciones absolutas no terminan de casar con Kafka, que basó su búsqueda de la verdad en un pensamiento paradójico. Por eso, cuando Vilas se muestra más convincente es al situarse del lado irresoluble de los interrogantes kafkianos, además de en aquellos pasajes en los que da rienda suelta a su imaginación literaria.

Más sugerente que la voz que sienta cátedra resulta la voz confesional, una voz que acoge la ternura, ese “reconocimiento explícito de la vulnerabilidad” que Vilas admira en Kafka y que está presente, quizá, en las mejores de sus propias páginas. Asoma al inicio del libro, en las “Palabras previas para un diccionario sobre el mejor escritor del mundo”, al cuestionar la posibilidad de su creación literaria sin la de Kafka: “Me aventuro a pensar que tal vez, de no existir la obra de Kafka, tampoco existiría la mía, y ese desvanecimiento o desaparición de cientos de páginas escritas hoy me parece deseable e incluso decente.”

Vilas no profundiza en esa fantasía de aniquilación kafkiana, pero señala que para Kafka escribir era una tarea vergonzosa, que suponía la pérdida de la discreción y el anonimato. De ello se desprende el contraste entre su propia posición en el campo literario y la que su amado autor ocupó en vida: frente a Kafka, emblema de escritor insoportable y auténtico, ajeno a los focos y mercadeos del mundillo editorial, Vilas se halla perfectamente instalado en su estatus de escritor público, sometido a intereses que poco tienen que ver con lo literario. “Por un solomillo

vendo mi alma de escritor al diablo de la política”, confiesa al hablar de las ferias del libro. Y al referirse al caso de Eduardo Mendoza –que pasó de denostar a alabar públicamente la obra kafkiana después de recibir el Premio Franz Kafka–, insiste: “Para Mendoza el dinero lo es casi todo, muy probablemente para mí también, pero para Kafka no era importante. [...] Mendoza y yo mismo hemos elegido el dinero porque tenemos miedo a morirnos de hambre. Es el miedo que Kafka no tuvo.”

Pero Vilas no tira del hilo confesional. Irónicamente, en un libro que sitúa a Kafka en el altar más elevado de la literatura universal, lo que dice envidiar de él son aspectos ajenos a lo literario: su estatura y la desaparición del Estado en el que nació, su condición de “apátrida”. A propósito de la nacionalidad de Kafka, es sabido que su adscripción a una historia literaria nacional es un asunto problemático: era judío, escribía en alemán y nació en Praga, ciudad que pasó de ser austrohúngara a checoslovaca todavía en vida de Kafka. Dadas estas circunstancias, la figura de Kafka permite trascender fronteras, según evidenció la celebración internacional del centenario de su muerte en 2024. En este contexto, la entrada que Vilas dedica al nazismo no puede sino provocar perplejidad: deduce de la oposición nazi a Kafka y al judaísmo que el autor jamás pertenecerá a la historia de la literatura alemana, basándose en la identificación del nacional-socialismo con el pueblo alemán.

Por otra parte, el libro incluye varias fotografías. Una de ellas, la que ilustra la amistad de Kafka con Brod, presenta a Kafka en bañador en una playa, sonriendo junto a otro hombre. Pero el acompañante en cuestión no es Max Brod, como aquí se afirma, abundando en un error recurrente que se resiste a desaparecer, y eso que contamos con imágenes de Brod de la misma época. Se trata de un personaje que no ha sido identificado y que hasta no hace mucho se consideraba el escritor Ernst Weiss.

Pese a detalles de este tipo, el libro cumple con creces la función con la que nació: la de divulgar la figura de Kafka y ampliar sus círculos de lectura. Sin embargo, se construye sobre una paradoja: no hay nada más alejado de Kafka –el “gigante de la pequeñez”, según apreció Canetti– que el énfasis y las verdades absolutas. Estas marcas del estilo Vilas tal y como aquí se despliega contrastan precisamente con algunos de los valores que el autor subraya en Kafka: su humildad, su deseo de desaparecer, de borrarse, de pasar desapercibido.

Por todo ello, están disfrutando y disfrutarán de estas *Dos tardes*, ante todo, quienes conecten con la voz de Manuel Vilas. Para acceder sin intermediarios a la voz literaria de Kafka tenemos su propia obra, que es, justamente, a la que remite este ensayo. Ya lo advierte el propio Vilas, por boca de Canetti, en una de las citas que abren el libro: “Frente a Kafka cualquier escritor es menor.” ~

ELISA MARTÍNEZ SALAZAR es profesora del área de filología alemana en la Universidad de Zaragoza. Es coautora junto a Julieta Yelin de *Kafka en las dos orillas* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013).

NOVELA

La cruzada de los niños soviéticos

por **César Arístides**



Guzel Yájina
TREN A SAMARCANDA
Traducción de Jorge Ferrer
Barcelona, Acantilado, 2024,
600 pp.

Agobiados por el caos que dejó el triunfo de la Revolución soviética, los seres humanos deambulan en la inmensa Rusia en busca de cobijo, alimento y esperanza. Las cosas

son cada día más hostiles porque al golpe terrible de la idealización le siguió el mazazo de la realidad: rencor social, hambre, desconcierto, un paisaje existencial desolado. En este escenario transcurre la extraordinaria novela *Tren a Samarcanda*, en la que un agobiado militar del ejército rojo es destinado a una misión delirante: trasladar a quinientos niños huérfanos de Kazán a Samarcanda, con una desviación hacia Sergach y Arzamas, para de allí descender, hundidos en la total incertidumbre, al destino final.

Para llegar a buen puerto y conducir a estos niños, en su mayoría de la calle, desnutridos, salvajes y enfermos, cuenta con la extraordinaria ayuda del Estado naciente que los avitualla de... nada. Déyev, el huraño militar a cargo, recoge a los niños en harapos, tullidos y algunos moribundos; con esfuerzos consigue camisetas blancas regaladas de manera inverosímil por los soldados y, con la comisaria Bélaya –mujer intransigente y fría como la estepa siberiana–, el viejo enfermero Bug, la bella y menuda Fátima, y unos cuantos hombres y mujeres más, inician la travesía.

Serán seis semanas de padecimientos y asombros, de tragedias e ilusiones, de miserias y milagros que los viajeros atraviesan como en un sueño, o, mejor, una larga pesadilla donde pasan del hambre a la ira, de la derrota al renacimiento de una helada y casi podrida esperanza. Asistimos en estas páginas a una suerte de cruzada de los niños, aunque lejos del ensueño fantástico de los memorables personajes de Marcel Schwob. Tocados por un misticismo feroz, los cruzados de Guzel Yájina (Kazán, 1977), su grey de pequeños perdularios que comparten sus miserias, peladeces y bribonadas con vertiginoso candor, responden a la miseria con risotadas y navajazos, y, aunque carecen del oscurantismo religioso de la cruzada emprendida por

los niños de *Las puertas del paraíso* de Jerzy Andrzejewski, sí comparten la fascinación por llegar a otro territorio, otra aventura sin importar su circunstancia trágica, otra forma de vida para soñar y, sobre todo, comer.

Bien pensado, esos pequeños desarraigados tienen gran parecido con aquella otra cruzada de niños enfermos —físicos y mentales— que engatusaron al doctor Ferdinand en la alucinante *Rigodón*, de Louis-Ferdinand Céline: en estas novelas, las semejanzas se advierten en los paisajes helados y desiertos, las ciudades devastadas, las casas arrancadas por las explosiones y la humanidad hambrienta, salida de los escombros y resucitada en el desastre. Tanto Yájina como Céline van del delirio por la fiebre y la demencia derivada de la guerra a la contemplación de parajes donde todo yace muerto bajo el frío o la penumbra; los niños, y quienes los cuidan, arrastran sus fervores moribundos y, a pesar de la piedra existencial que cargan en los vagones más inmundos, sonríen enajenados o burlones, poseídos por los fantasmas de la sed, del hambre o de los sufrimientos derivados de las enfermedades.

En *La cruzada de los niños* de Schwob, el candor es éxtasis, una peregrinación en coro que va en busca del Dios salvador; por su parte, Andrzejewski se aleja de la elevación y profundiza en el misterio del sueño, del rumbo sombrío y la fatalidad. Con Céline, dominado por la bilis, trastornado por el horror de la guerra y harto de vivir, la cruzada es impuesta: debe salvar a una veintena de párvulos que representan para él una carga, jamás una motivación, niños idiotas, huesudos, hambrientos, de tres o cinco años, que le endilgó una enfermera tuberculosa cercana a la muerte, por eso el miserable doctor Ferdinand se hace cargo de ellos y son diversas las escenas llenas de ternura en las que el protagonista busca entre escombros la

comida de sus niños o los momentos de angustia cuando cree perderlos.

Con la misma destreza narrativa dictada por lo improbable, incluso lo absurdo en muchos momentos, Guzel Yájina despliega la cruzada de sus niños con momentos extraídos de una realidad comprobable por los numerosos legajos que revisó para lograr este monumento novelístico. Porque *Tren a Samarcanda* es además una novela histórica, un retrato social triste, trágico y de profunda belleza, un testimonio de supervivencia digno de la grandeza literaria rusa. Imposible olvidar cómo los soldados prestan quinientos pares de botas para que los niños puedan abordar el tren; el momento en que unos forajidos ebrios y salvajes llevan víveres a los niños hambrientos en una de tantas paradas y, al ser incapaces de recolectar manzanas, arrancan un árbol repleto de ellas y lo entregan a las criaturas; duele y queda en la memoria la escena en la que el maestro de una escuela desvencijada mantiene allí a sus alumnos en una clase inútil donde quizá se enseña a no morir, y están allí, niños y profesor, en un salón repleto solo porque la revolución prometió alimento a quien asistiera a clases, aunque los asistentes no saben si el curso ya terminó o el grado que cursan; sonámbulos del hambre más cruel, los cuadernos de estos niños son pedazos de periódico, y los lápices, varitas que los alumnos apenas sostienen con sus frágiles huesos.

Yájina debutó con una novela sobre el destino de los marginados que viven bajo un permanente castigo existencial, humillados y ofendidos con sus frágiles fantasías, se desvanecen sin ningún permiso de la vida para disfrutar el encanto de la ilusión o la mentira. Así, *Zuleijá abre los ojos* es el retrato de una anciana que solo recibió carencias a lo largo de su existencia, y, con la pluma de esta escritora tártara, las evocaciones más tristes adquieren por momentos tonos de ligera dicha, incluso de humor. Por su

parte, *Tren a Samarcanda* es una historia inolvidable. En estos tiempos en que los juegos artificiales del horror, el realismo sucio o las mañas viejas de la experimentación colman los estantes de las librerías con cócteles de violencia social/sexual, activismos ligeros, incursiones —otra vez— en el mundo de las drogas y el alcohol, y atrocidades narrativas disfrazadas de apuesta literaria, sorprende el trabajo arduo, temerario, riguroso de esta novela en la que uno avanza entre asombros, con ligeros titubeos, pero sin caer ni tropezar, para llegar con ejemplar sencillez y oficio al mejor de los puertos.

La autora desafía a través de la indagación histórica el largo alienato, sabe que no hay nada por descubrir y, confiada en su investigación, expone su obra también sostenida por la melancolía rusa, el habla popular —los nombres de los niños protagonistas superan cualquier expectativa: Kolia el Sarnoso, Mishania Choricillo, la Loquita Larka, el César Cagao, el Jodidillo Shakir, Mishka Culón, Oreja de Arenque, Maja la Mocos, Dusia la Lechitas, Zinka el Úlceras, Sania el Meón, Teta Afuera, Luka el Comesobras... todos extraídos de los estudios que documentaron la orfandad y la pobreza durante las primeras décadas del triunfo de la Revolución soviética—, la reconstrucción humana y geográfica de principios del siglo xx y las referencias a los problemas sociales que vivieron los despojados de sus tierras, los protagonistas de incontables luchas entre los soldados del ejército rojo y los oponentes tártaros. Al respecto cabe mencionar la misa que negocian con Déyev un grupo de cosacos y su atamán en un vagón del tren donde van los niños enfermos a cambio de provisiones: el contexto y la escena son inauditos. Inolvidable también es la aparición del niño Pompadour, que un buen día decide que quiere casarse porque no sabe qué será de su vida; sin pasar por alto —aunque con matices oscuros— los

entierros de los niños, la explicación de por qué a Déyev no le gusta el chocolate ni ningún dulce, y la forma en que el mar se abre como una bendición cuando la presencia de la muerte es más que habitual en esos vagones donde ya no hay esperanza ni comida.

Guzel Yájina escribe con el oficio de la historiadora, explora en las culpas, las penas y las tumbas con elocuencia y claridad; sin aspavientos ni el cebo de las modas, a la narradora lo que le interesa es contar historias, estudiar el pasado de los suyos y compartir su tren, donde la condición humana aparece desnuda o harapienta, donde los gestos alegres o las lágrimas de sus niños bandidos, moribundos, insaciables o abandonados son el presente perpetuo de su intensa patria, y sus escasas mujeres, viudas, impetuosas, enjutas, todas representan a la madre Rusia, todas están rotas, tristes, implorantes, todas son también inolvidables. ~

CÉSAR ARÍSTIDES es poeta. Su libro más reciente es *Helada la cabra de alcohol enterrado* (UANL, 2023).

NOVELA

Sobre la imposibilidad de escribir

por **Aloma Rodríguez**



Kate Zambreno
ESCRIBIR COMO SI YA HUBIERAS MUERTO
 Traducción de Montse Meneses Vilar
 Segovia, La uña rota, 2025,
 226 pp.

La escritora Kate Zambreno (1977) es estadounidense, pero parece europea: sus libros, híbridos, mitad ensayo, mitad crónica de sus días, están llenos de autores europeos, de Barthes a Rilke, Sebald, Foucault, Bernhard, Chris Marker o Sophie Calle —también hay norteamericanos como

Susan Sontag, Peter Hujar, David Wojnarowicz o Moyra Davey—. Además del propio Hervé Guibert, escritor, cineasta y fotógrafo francés, sobre el que trata de escribir Zambreno en su libro más reciente traducido al castellano, *Escribir como si ya hubieras muerto*. Parte de la peculiaridad de Zambreno está en su gusto europeizante, si no afrancesado. Guibert escribió dos libros sobre su enfermedad, el sida: *Al amigo que no me salvó la vida* y *El protocolo compasivo*. Zambreno resume el primero como la “cronología especulativa del momento en que se le diagnosticó el sida”; el segundo “lo escribe delante de nosotros, a contrarreloj”. *Al amigo que no me salvó la vida* se publicó en 1990 y convirtió a su autor en famoso, también en el primero en escribir abiertamente sobre su enfermedad. El narrador cuenta la muerte de Muzil, que está basado en Foucault, que murió de manera anónima en el mismo hospital que Roland Barthes. Zambreno anota la paradoja de que los firmantes de los ensayos “¿Qué es el autor?” y “La muerte del autor” murieran de manera anónima en el mismo hospital. *Escribir como si ya hubieras muerto* está lleno de ese tipo de golosinas, detalles o rimas que parecen burlas del destino.

El libro de Zambreno tiene dos partes, “Desaparición” y “Escribir como si ya hubieras muerto”, que funcionan como díptico en torno a Guibert y la imposibilidad de

Zambreno de escribir el estudio sobre la novela del francés. *Derivas* —anterior libro de la escritora, misma editorial y traductora al español, Montse Meneses Villar— también trata sobre la imposibilidad de escribir. “A principios de verano escribí ‘Desaparición’, una historia inspirada en *Al amigo que no me salvó la vida* sobre una amiga que tuve en internet, en la que me preguntaba si, al escribir sobre ella, la había traicionado. Escribir esa historia sobre mi amiga no satisfizo mi deseo de escribir un estudio sobre la novela de Hervé Guibert. No me satisfizo filosóficamente y, probablemente, lo que era más importante, es que no cumplía con el contrato que había firmado para escribir un estudio sobre la novela de Hervé Guibert”, dice una de las secciones de la segunda parte del libro. Ese relato, “Desaparición”, es la primera sección de *Al amigo...* y sorprende que se refiera a él como relato, como sorprende que diga que el tema es esa amistad tenida y perdida. Ese es un juego que le gusta a Zambreno: sus libros se van haciendo y deshaciendo, se van buscando a sí mismos —sucedió también en *Derivas*— como si tuvieran que vencer una resistencia a ser escritos. Lo que se leyó efectivamente como un estudio de la novela de Guibert, la primera parte, resulta que es un relato sobre una amistad. Pero el libro de Guibert es también un libro sobre una amistad y sobre si Guibert traicionó a Foucault



al contar su muerte a través del personaje de Muzit. Hay más traiciones: la de Foucault/Muzit a Isabelle Adjani/Marine y, por supuesto, la de Bill, el amigo que no le salvó la vida, a Guibert.

La segunda parte del libro es un relato fragmentario en el que las notas y pensamientos a propósito de los libros de Guibert sobre el sida conviven con el relato de la vida cotidiana de Zambreno: tiene una hija pequeña a la que aún da el pecho, está embarazada de nuevo, vive haciendo cálculos sobre el seguro médico y el alquiler, necesita el contrato de la universidad que le garantizaría un seguro, y en esas llega la covid. Salvando las distancias, Zambreno se siente aún más cerca de Guibert con la llegada de la pandemia y con las molestias del embarazo y un herpes que le tratan con antiviral. La fragmentación de esta segunda parte es reflejo de cómo escribe, en los ratos que va rascando de sus obligaciones, cuando logra tener ganas de escribir: “Como máximo tengo quince minutos para escribir este pasaje. No será alta literatura. Anunciará, tal vez, que hoy he existido”, escribe.

“¿Por qué tu libro es una novela?, me preguntan a menudo. Sigo repitiendo el mismo guion, la novela es una forma que lo recoge todo, acepta diarios, ensayos, cartas, poesía... Y no paro de hablar de Guibert”, escribe a propósito de la promoción de *Derivas*. Cuestiona también el sujeto de su estudio: “Con frecuencia me pregunto por qué elegí a Hervé Guibert como sujeto para realizar un estudio y no a David Wojnarowicz, un escritor, artista y activista, alguien a quien, en muchos sentidos, admiro más, incluso quiero más, por su rabia y su elegancia.” Y sigue: “Su escritura es antisocial, parasitaria, reactiva, a menudo antihumanista. Pero Guibert también se ofrece como dispositivo [...]. Escribe sobre la urgencia del cuerpo y su propia subjetividad.” Zambreno quizá no da una respuesta clara a por

qué Guibert, pero lo importante es que se hace la pregunta y adónde le lleva. Eso se aplica a todo el libro. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2025 ha publicado *Una inesperada ilusión* (PUZ).

HISTORIA

Sin novedades y con anacronismos

por **Igor Santos Salazar**



Nora Berend
EL CID. VIDA Y LEYENDA DE
UN MERCENARIO
MEDIEVAL
Barcelona, Crítica, 2025,
320 pp.

Las modas historiográficas se reflejan en los tableros de novedades de las librerías españolas y, claro, el Cid —como todo lo que tiene que ver con lo que desprenda un cierto perfume al concepto, tan manido, de *Reconquista*— no iba a ser menos. Otra cosa es que modas y novedades ofrezcan verdaderas primicias en la investigación histórica, y el libro de Nora Berend ofrece pocas. Vayamos por partes.

El ensayo que aquí se critica no es una biografía del de Vivar. En eso, el título original y su traducción pueden confundir a potenciales lectores. Solo una mínima parte del libro contiene retazos del Cid histórico porque el objetivo de Berend es estudiar las manipulaciones de las que fue víctima su leyenda desde la misma época medieval y hasta el presente.

De la *Leyenda de Cardena* a Charlton Heston, y de Corneille a Menéndez Pidal, la autora maneja una bibliografía solvente y reciente, pero los capítulos que van pasando revista a las diferentes etapas de esa manipulación lo hacen sin excesiva profundidad filológica, es decir, sin detenerse lo suficiente en los contextos históricos

y culturales en los que esas falsificaciones fueron programadas. Ello favorece que pierda fuerza la exposición de las voluntades políticas que se celan detrás de la fabricación de tales amañones, tan diferentes entre sí, dictados por objetivos tan distantes (de la épica medieval a la época napoleónica por citar dos) que hubiesen merecido mejor y más profundo trato.

En su discurso, el libro de Berend acaba por yuxtaponer en una frenética línea del tiempo obras concebidas con intereses muy diversos, no siempre mefistofélicos, no siempre partidistas, solo a partir del siglo XIX caracterizados por una marcada voluntad de utilizar a Rodrigo Díaz de Vivar como un símbolo nacional por parte de los intelectuales españoles más conservadores como, por ejemplo, Menéndez Pelayo. Además, para aquello que tiene que ver con el trágico momento de la dictadura de Franco, Berend cae en el fácil cliché de identificar en Ramón Menéndez Pidal a uno de los voceros de la *mitopoiesis* franquista. No: fueron más bien autores de probada fe nacionalcatólica los que fagocitaron sus estudios, como lo hicieron con los del presidente de la II República en el exilio, Sánchez-Albornoz, aquí citado solo de pasada, dando a entender también sus connivencias con una visión “franquista” de la historia.

La labor de desmitificación, a derecha e izquierda, queda, a menudo, enturbiada por ese tipo de apriorismos, que representan la mayor debilidad de un libro que apenas ofrece nada nuevo de cuanto no se supiera ya sobre la manipulación realizada por cada momento político e intelectual (del sesgo que se quiera) sobre un mito como el cidiano, tan estudiado en tiempos recientes. Además, este ensayo incluye líneas como las que siguen, que muestran el nivel conceptual de una obra no carente de anacronismos —el mismo término *mercenario* da para mucho debate cuando se usa con anterioridad a la creación de las *compagnie*

di ventura en la Italia bajomedieval—realizada con una más que evidente voluntad presentista:

“Lo que España y el mundo necesitan no es otro héroe salpicado de sangre, sino un gobierno racional y consensuado. ¿Significa esto que hay que abandonar al Cid en manos de la derecha política? Es su mitificación como héroe lo que hay que abandonar.”

La impresión con la que uno queda tras la lectura del libro de Berend es la de ver publicadas, y con gran pompa mediática, ideas ya conocidas por los especialistas, aquí reconsideradas a la luz de una trama metodológica víctima de una voluntad catequética, repleta de consideraciones personales y de recetas sobre qué necesitan las sociedades actuales, algo sobre lo que los libros de historia escritos por profesionales no deberían detenerse, o sí, pero entonces sería preferible dedicarse a la politología...

En sus conclusiones, y con seriedad, Berend llega a afirmar que “el Rodrigo histórico no era ningún franquista”. Difícilmente un trabajo de fin de grado incluye una frase tan ingenua. A este paso se acabará descubriendo que Constantino no era un socialdemócrata o que Carlomagno utilizaba la violencia mientras sus leyes hablaban de valores cristianos y, ¡horror!, se llegará a desvelar que existe un premio a su nombre otorgado a quien se distingue por su labor europeísta. ¿Tendremos que cancelarlo? Seguramente, sí. Imagino que Europa no necesita ensalzar de ese modo al emperador carolingio, tan salpicado de sangre, etcétera. Por el contrario, yo preferiría que se estudiase el contexto de nacimiento del premio, las polémicas en torno a sus ganadores y el porqué de la necesidad de algunas élites alemanas de rescatar a Carlomagno en función de un europeísmo cargado de vanas retóricas.

Es lo que este libro hubiese podido realizar con materiales similares y aun mejores relativos al de Vivar.

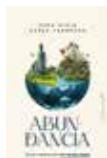
Para un viaje así, Babioca no necesitaba alforjas. ~

IGOR SANTOS SALAZAR es profesor de historia medieval en la Universidad de Trento. Este año ha publicado *El foro romano* (Athenaica).

ENSAYO

Una prosperidad engañosa

por **Ricardo Dudda**



Ezra Klein y Derek Thompson
ABUNDANCIA. CÓMO
CONSTRUIMOS UN MUNDO
MEJOR

Traducción de Jesús Cuéllar
Madrid, Capitán Swing, 2025,
280 pp.

Ezra Klein es una de las voces mediáticas más respetadas del bando demócrata en Estados Unidos. Aunque nominalmente periodista, a veces actúa como un activista o, más bien, un estratega del partido desde fuera. Los líderes demócratas realmente le hacen caso; en la última Convención Demócrata lo recibieron como a una estrella; cuando dijo que Biden debía dimitir, el engranaje del partido se comenzó a mover seriamente para forzar su salida. Pero Klein no está a sueldo de la organización. Por eso se permite reprocharle todo aquello que cree que hace mal. En su nuevo libro, *Abundancia*, que escribe junto al también periodista Derek Thompson, lo que pide a los demócratas no es tan fácil de hacer. Los autores reivindican un cambio cultural, la inauguración de un nuevo orden político basado en la abundancia y la prosperidad, frente al decrecentismo y la lógica de la escasez que consideran prevaleciente en la izquierda estadounidense. Muchas de sus críticas son extrapolables a la socialdemocracia occidental. Su principal reproche a los progresistas es que se han olvidado de la producción y se han obsesionado con la

redistribución y los subsidios: la tarta ya está hecha y solo hace falta repartirla. Klein y Thompson piensan que es una idea equivocada e incluso reaccionaria. Lo que hay que hacer es ampliar la tarta. Aunque son liberales y reformistas, echan de menos que la izquierda haya descartado completamente el utopismo.

La prosperidad occidental es engañosa: “Tenemos una sorprendente abundancia de bienes que llenan nuestras casas y una escasez de lo necesario para construir una buena vida. Pedimos una corrección. Nos interesa más la producción que el consumo. Creemos que lo que podemos construir es más importante que lo que podemos comprar. La abundancia, tal como la definimos, es un estado. Es el estado en el que hay suficiente de lo que necesitamos para crear vidas mejores que las que hemos tenido.” Los autores escogen California como perfecto ejemplo de esa prosperidad engañosa. Símbolo del progreso durante décadas, cuarta economía global (si fuera un país independiente), es en cierta medida el enfermo de Estados Unidos. Tiene alrededor del 12% de la población del país, el 30% de la población sin hogar y aproximadamente el 50% de la población sin hogar sin refugio. Y esto es simplemente porque no construye viviendas. Los autores demuestran que la principal causa del sinhogarismo, entendido como fenómeno colectivo, no es ni la pobreza ni el desempleo, sino la disponibilidad y el coste de la vivienda. Esa parálisis se extiende a sus infraestructuras. California lleva más de una década intentando construir en vano una línea de tren de alta velocidad entre Los Ángeles y San Francisco: el proyecto ha acabado siendo mucho más modesto (no unirá esas dos ciudades, sino otras más pequeñas), costará varias veces más que lo pronosticado y encima no está previsto que se inaugure hasta mediados de la década de 2030. La tesis de Klein y Thompson es sencilla: es más fácil construir plantas

de energía solar, transporte público y viviendas asequibles, proyectos que defienden la mayoría de progresistas, en Estados republicanos que en aquellos gobernados por los demócratas. La explicación está en la maraña de burocracia, leyes de zonificación y legislación medioambiental de Estados como California. Tras atravesar todos esos obstáculos, cualquier proyecto se encarece tanto que pierde su función original. “Los progresistas”, escriben los autores, “se acostumbraron a crear coaliciones y leyes que dieran a todos un poco de lo que querían, incluso si eso significaba que el producto final era asombrosamente caro, o lento de construir, o tal vez nunca llegara a completarse.” La política de izquierda se consideraba exitosa si conseguía “representar” a determinados colectivos; si su vida material mejoraba era algo secundario.

Pero Klein y Thompson tienen otra teoría que es extrapolable a todas las sociedades ricas. En cierto modo, su parálisis es consecuencia de su éxito. Como escriben, “Una sociedad compleja recompensa a quienes mejor saben navegar esa complejidad. Eso crea un incentivo para que los mejores y más brillantes se conviertan en navegantes de esa complejidad y quizás en creadores de más complejidad.” Un país joven o en desarrollo está centrado en producir y crecer. Crea oportunidades para ingenieros y arquitectos. Por eso China, que puede considerarse un país joven ya que no comenzó a despegar hasta la década de los 2000, es un “país de ingenieros”, como sostiene Dan Wang en *Breakneck: China's quest to engineer the future*. En cambio, un país viejo como Estados Unidos crea oportunidades para consultores y abogados.

Los autores ponen el ejemplo del abogado y activista progresista Ralph Nader, que desde los años setenta se dedicó a litigar contra el gobierno y las grandes empresas. Sus litigios contribuyeron a la creación de muchas leyes de protección medioambiental y de los consumidores. “Pero detrás

de estas victorias”, escriben, “la revolución de Nader creó una nueva capa de gobierno: la democracia vía demanda judicial. El número de abogados y casos se disparó en las décadas de 1970 y 1980. El resultado fue un nuevo tipo de progresismo, que no consideraba al gobierno un socio en la solución de los problemas sociales, sino más bien la fuente de esos mismos problemas”. Es un “legalismo liberal”, más obsesionado con el proceso que con los resultados. El sistema, entonces, “se obsesiona tanto con equilibrar sus múltiples intereses que ya no es capaz de saber cuál es el interés general”.

Abundancia es un libro brillante y atrevido, que no tiene miedo a cuestionar algunos de los mantras de la izquierda, especialmente con respecto al papel del Estado. “Una de las patologías políticas más peligrosas es la tendencia a defender todo aquello que atacan tus adversarios. Décadas de ataques al Estado han convertido a los progresistas en defensores del gobierno sin ambages. Pero si crees en el gobierno, debes hacer que funcione. Para que funcione, hay que tener claro cuándo y por qué falla.” A veces sus críticos tienen razón. Es un libro que no aborda cuestiones como la desigualdad de riqueza o el enorme poder de los monopolios, problemas que reducen brutalmente el dinamismo de la economía estadounidense. Pero su objetivo es otro. Es señalar los cuellos de botella, las inercias tóxicas, los prejuicios de un orden político anquilosado y falto de imaginación política. Los autores se hacen tres preguntas. ¿Qué es escaso y debería ser abundante? ¿Qué es difícil de construir que, sin embargo, debería ser fácil? ¿Qué inventos necesitamos que aún no tenemos? Lo que buscan es un cambio de prioridades y de perspectiva. ¿En qué consiste realmente una vida próspera y abundante? ~

RICARDO DUDDA es periodista. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

LETRAS
LIBRES

ENTÉRATE
DE LO ÚLTIMO
EN NUESTRA
CUENTA DE X.



@LETRAS_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM